

Capítulo 8—Un campeón de la verdad

Un nuevo emperador, Carlos V, había ascendido al trono de Alemania, y los emisarios de Roma se apresuraron a presentarle sus plácemes, y procuraron que el monarca emplease su poder contra la Reforma. Por otra parte, el elector de Sajonia, con quien Carlos tenía una gran deuda por su exaltación al trono, le rogó que no tomase medida alguna contra Lutero, sin antes haberle oído. De este modo, el emperador se hallaba en embarazosa situación que le dejaba perplejo. Los papistas no se darían por contentos sino con un edicto imperial que sentenciase a muerte a Lutero. El elector había declarado terminantemente “que ni su majestad imperial, ni otro ninguno había demostrado que los escritos de Lutero hubiesen sido refutados”; y por este motivo, “pedía que el doctor Lutero, provisto de un salvoconducto, pudiese comparecer ante jueces sabios, piadosos e imparciales” (D’Aubigné, lib. 6, cap. II).

[136]

La atención general se fijó en la reunión de los estados alemanes convocada en Worms a poco de haber sido elevado Carlos al trono. Varios asuntos políticos importantes tenían que ventilarse en dicha dieta, en que por primera vez los príncipes de Alemania iban a ver a su joven monarca presidir una asamblea deliberativa. De todas partes del imperio acudieron los altos dignatarios de la iglesia y del estado. Nobles hidalgos, señores de elevada jerarquía, poderosos y celosos de sus derechos hereditarios; representantes del alto clero que ostentaban su categoría y superioridad; palaciegos seguidos de sus guardas armados, y embajadores de tierras extrañas y lejanas, todos se juntaron en Worms. Con todo, el asunto que despertaba más interés en aquella vasta asamblea era la causa del reformador sajón.

Carlos había encargado ya de antemano al elector que trajese a Lutero ante la dieta, asegurándole protección, y prometiendo disponer una discusión libre con gente competente para debatir los motivos de disidencia. Lutero por su parte ansiaba comparecer ante el monarca. Su salud por entonces no estaba muy buena; no obstante, escribió al elector: “Si no puedo ir a Worms bueno y sano, me haré

llevar enfermo allá. Porque si el emperador me llama, no puedo dudar que sea un llamamiento de Dios. Si quieren usar de violencia contra mí, lo cual parece probable (puesto que no es para instruirse por lo que me hacen comparecer), lo confío todo en manos del Señor. Aún vive y reina el que conservó ilesos a los mancebos en el horno ardiente. Si no me quiere salvar, poco vale mi vida. Impidamos solamente que el evangelio sea expuesto al vilipendio de los impíos, y derramemos nuestra sangre por él, para que no triunfen. ¿Será acaso mi vida o mi muerte la que más contribuirá a la salvación de todos? [...] Esperadlo todo de mí, menos la fuga y la retractación. Huir, no puedo; y retractarme, mucho menos” (*ibíd.*, lib. 7, cap. 1).

La noticia de que Lutero comparecería ante la dieta circuló en Worms y despertó una agitación general. Aleandro a quien, como legado del papa, se le había confiado el asunto de una manera especial, se alarmó y enfureció. Preveía que el resultado sería desastroso para la causa del papado. Hacer investigaciones en un caso sobre el cual el papa había dictado ya sentencia condenatoria, era tanto como discutir la autoridad del soberano pontífice. Además de esto, temía que los elocuentes y poderosos argumentos de este hombre apartasen de la causa del papa a muchos de los príncipes. En consecuencia, insistió mucho cerca de Carlos en que Lutero no compareciese en Worms. Por este mismo tiempo se publicó la bula de excomunión contra Lutero, y esto, unido a las gestiones del legado, hizo ceder al emperador, quien escribió al elector diciéndole que si Lutero no quería retractarse debía quedarse en Wittenberg.

[137]

No bastaba este triunfo para Aleandro, el cual siguió intrigando para conseguir también la condenación de Lutero. Con una tenacidad digna de mejor causa, insistía en presentar al reformador a los príncipes, a los prelados y a varios miembros de la dieta, “como sedicioso, rebelde, impío y blasfemo”. Pero la vehemencia y la pasión de que daba pruebas el legado revelaban a las claras el espíritu de que estaba animado. “Es la ira y el deseo de venganza lo que le excita—decían—, y no el celo y la piedad” (*ibíd.*). La mayoría de los miembros de la dieta estaban más dispuestos que nunca a ver con benevolencia la causa del reformador y a inclinarse en su favor.

Con redoblado celo insistió Aleandro cerca del emperador para que cumpliera su deber de ejecutar los edictos papales. Esto empero, según las leyes de Alemania, no podía hacerse sin el consentimiento

de los príncipes, y Carlos V, no pudiendo resistir a las instancias del nuncio, le concedió que llevara el caso ante la dieta. “Fue este un día de orgullo para el nuncio. La asamblea era grande y el negocio era aún mayor. Aleandro iba a alegar en favor de Roma, [...] madre y señora de todas las iglesias”. Iba a defender al primado de San Pedro ante los principados de la cristiandad. “Tenía el don de la elocuencia, y esta vez se elevó a la altura de la situación. Quiso la Providencia que ante el tribunal más augusto Roma fuese defendida por el más hábil de sus oradores, antes de ser condenada” (Wylie, lib. 6, cap. 4). Los que amparaban la causa de Lutero preveían de antemano, no sin recelo, el efecto que produciría el discurso del legado. El elector de Sajonia no se hallaba presente, pero por indicación suya habían concurrido algunos de sus cancilleres para tomar nota del discurso de Aleandro.

Con todo el poder de la instrucción y la elocuencia se propuso Aleandro derrocar la verdad. Arrojó contra Lutero cargo sobre cargo acusándole de ser enemigo de la iglesia y del estado, de vivos y muertos, de clérigos y laicos, de concilios y cristianos en particular. “Hay—dijo—en los errores de Lutero motivo para quemar a cien mil herejes”.

[138] En conclusión procuró vilipendiar a los adherentes de la fe reformada, diciendo: “¿Qué son todos estos luteranos? Un puñado de gramáticos insolentes, de sacerdotes enviciados, de frailes disolutos, abogados ignorantes, nobles degradados y populacho pervertido y seducido. ¡Cuánto más numeroso, más hábil, más poderoso es el partido católico! Un decreto unánime de esta ilustre asamblea iluminará a los sencillos, advertirá a los incautos, decidirá a los que dudan, fortalecerá a los débiles” (D’Aubigné, lib. 7, cap. 3).

Estas son las armas que en todo tiempo han esgrimido los enemigos de la verdad. Estos son los mismos argumentos que presentan hoy los que sostienen el error, para combatir a los que propagan las enseñanzas de la Palabra de Dios. “¿Quiénes son estos predicadores de nuevas doctrinas?, exclaman los que abogan por la religión popular. Son indoctos, escasos en número, y los más pobres de la sociedad. Y, con todo, pretenden tener la verdad y ser el pueblo escogido de Dios. Son ignorantes que se han dejado engañar. ¡Cuán superior es en número y en influencia nuestra iglesia! ¡Cuántos hombres grandes e ilustrados hay entre nosotros! ¡Cuánto más grande es

el poder que está de nuestra parte!” Estos son los argumentos que más sacan a relucir y que parecen tener influencia en el mundo, pero que no son ahora de más peso que en los días del gran reformador.

La Reforma no terminó, como muchos lo creen, al concluir la vida de Lutero. Tiene aún que seguir hasta el fin del mundo. Lutero tuvo una gran obra que hacer: la de dar a conocer a otros la luz que Dios hiciera brillar en su corazón; pero él no recibió toda la luz que iba a ser dada al mundo. Desde aquel tiempo hasta hoy y sin interrupción, nuevas luces han brillado sobre las Escrituras y nuevas verdades han sido dadas a conocer.

Honda fue la impresión que produjo en la asamblea el discurso del legado. No hubo ningún Lutero para refutar los cargos del campeón papal con las verdades convincentes y sencillas de la Palabra de Dios. Ningún esfuerzo se hizo para defender al reformador. Se manifestaba una disposición general no solo para condenarlo junto con las doctrinas que enseñaba, sino para arrancar de raíz la herejía. Roma había disfrutado de la oportunidad más favorable para defender su causa. Se había dicho todo cuanto pudiera decirse para justificarla. Pero aquella victoria aparente no fue sino la señal de la derrota. Desde aquel día el contraste entre la verdad y el error iba a resaltar más y más, porque la lucha entre ambos quedaba resueltamente empeñada. Nunca desde aquel momento iba a quedar Roma tan segura como antes lo estuviera.

[139]

En tanto que la mayoría de los miembros de la dieta no hubieran vacilado en entregar a Lutero a la venganza de Roma, no eran pocos los que echaban de ver con dolor la corrupción que prevalecía en la iglesia, y deseaban que se concluyera con los abusos que sufría el pueblo alemán como consecuencia de la degradación e inmoralidad del clero. El legado había presentado al gobierno del papa del modo más favorable. Pero entonces el Señor movió a uno de los miembros de la dieta a que hiciese una verdadera exposición de los efectos de la tiranía papal. Con noble firmeza el duque Jorge de Sajonia se levantó ante aquella asamblea de príncipes y expuso con aterradora exactitud los engaños y las abominaciones del papado y sus fatales consecuencias. En conclusión añadió:

“He aquí indicados algunos de los abusos de que acusan a Roma. Han echado a un lado la vergüenza, y no se aplican más que a una cosa: ¡al dinero! ¡siempre más dinero! [...] de modo que los predica-

dores que debieran enseñar la verdad, no predicán sino la mentira; y no solamente son tolerados, sino también recompensados, porque cuanto más mientan, tanto más ganan. De esta fuente cenagosa es de donde dimanán todas esas aguas corrompidas. El desarreglo conduce a la avaricia [...]. ¡Ah! es un escándalo que da el clero, precipitando así tantas almas a una condenación eterna. Se debe efectuar una reforma universal” (*ibíd.*, cap. 4).

Lutero mismo no hubiera podido hablar con tanta maestría y con tanta fuerza contra los abusos de Roma; y la circunstancia de ser el orador un declarado enemigo del reformador daba más valor a sus palabras.

De haber estado abiertos los ojos de los circunstantes, habrían visto allí a los ángeles de Dios arrojando rayos de luz para disipar las tinieblas del error y abriendo las mentes y los corazones de todos, para que recibiesen la verdad. Era el poder del Dios de verdad y de sabiduría el que dominaba a los mismos adversarios de la Reforma y preparaba así el camino para la gran obra que iba a realizarse. Martín Lutero no estaba presente, pero la voz de Uno más grande que Lutero se había dejado oír en la asamblea.

[140] La dieta nombró una comisión encargada de sacar una lista de todas las opresiones papales que agobiaban al pueblo alemán. Esta lista, que contenía ciento una especificaciones, fue presentada al emperador, acompañada de una solicitud en que se le pedía que tomase medidas encaminadas a reprimir estos abusos. “¡Cuántas almas cristianas se pierden!—decían los solicitantes—¡cuántas rapiñas! ¡cuántas exacciones exorbitantes! ¡y de cuántos escándalos está rodeado el jefe de la cristiandad! Es menester precaver la ruina y el vilipendio de nuestro pueblo. Por esto unánimemente os suplicamos sumisos, pero con las más vivas instancias, que ordenéis una reforma general, que la emprendáis, y la acabéis” (*ibíd.*).

El concilio pidió entonces que compareciese ante él el reformador. A pesar de las intrigas, protestas y amenazas de Aleandro, el emperador consintió al fin, y Lutero fue citado a comparecer ante la dieta. Con la notificación se expidió también un salvoconducto que garantizaba al reformador su regreso a un lugar seguro. Ambos documentos le fueron llevados por un heraldo encargado de conducir a Lutero de Wittenberg a Worms.

Los amigos de Lutero estaban espantados y desesperados. Sabedores del prejuicio y de la enemistad que contra él reinaban, pensaban que ni aun el salvoconducto sería respetado, y le aconsejaban que no expusiese su vida al peligro. Pero él replicó: “Los papistas [...] no deseaban que yo fuese a Worms, pero sí, mi condenación y mi muerte. ¡No importa! rogad, no por mí, sino por la Palabra de Dios [...]. Cristo me dará su Espíritu para vencer a estos ministros del error. Yo los desprecio durante mi vida, y triunfaré de ellos con mi muerte. En Worms se agitan para hacer que me retracte. He aquí cuál será mi retractación: Antes decía que el papa era el vicario de Cristo; ahora digo que es el adversario del Señor, y el apóstol del diablo” (*ibíd.*, cap. 6).

Lutero no iba a emprender solo su peligroso viaje. Además del mensajero imperial, se decidieron a acompañarle tres de sus más fieles amigos. Melancton deseaba ardientemente unirse con ellos. Su corazón estaba unido con el de Lutero y se desvivía por seguirle, aun hasta la prisión o la muerte. Pero sus ruegos fueron inútiles. Si sucumbía Lutero, las esperanzas de la Reforma quedarían cifradas en los esfuerzos de su joven colaborador. Al despedirse de él, díjole el reformador: “Si yo no vuelvo, caro hermano, y mis enemigos me matan, no ceses de enseñar la verdad y permanecer firme en ella [...]. Trabaja en mi lugar. Si tú vives, poco importa que yo perezca” (*ibíd.*, cap. 7). Los estudiantes y los vecinos que se habían reunido para ver partir a Lutero estaban hondamente conmovidos. Una multitud de personas cuyos corazones habían sido tocados por el evangelio le despidieron con llantos. Así salieron de Wittenberg el reformador y sus acompañantes.

En el camino notaron que siniestros presentimientos embargaban los corazones de cuantos hallaban al paso. En algunos puntos no les mostraron atención alguna. En uno de ellos donde pernoctaron, un sacerdote amigo manifestó sus temores al reformador, enseñándole el retrato de un reformador italiano que había padecido el martirio. A la mañana siguiente se supo que los escritos de Lutero habían sido condenados en Worms. Los pregoneros del emperador publicaban su decreto y obligaban al pueblo a que entregase a los magistrados las obras del reformador. El heraldo, temiendo por la seguridad de Lutero en la dieta y creyendo que ya empezaba a cejar en su propósito de acudir a la dieta, le preguntó si estaba aún resuelto a seguir

adelante. Lutero contestó: “¡Aunque se me ha puesto entredicho en todas las ciudades, continuaré!” (*ibíd.*).

En Erfurt, Lutero fue recibido con honra. Rodeado por multitudes que le admiraban, cruzó aquellas mismas calles que antes recorriera tan a menudo con su bolsa de limosnero. Visitó la celda de su convento y meditó en las luchas mediante las cuales la luz que ahora inundaba Alemania había penetrado en su alma. Deseaban oírle predicar. Esto le era prohibido, pero el heraldo dio su consentimiento y el mismo que había sido fraile sirviente del convento ocupó ahora el púlpito.

Habló a la vasta concurrencia de las palabras de Cristo: “La paz sea con vosotros”. “Los filósofos—dijo—doctores y escritores han intentado demostrar cómo puede el hombre alcanzar la vida eterna, y no lo han conseguido. Yo os lo explicaré ahora [...]. Dios resucitó a un Hombre, a Jesucristo nuestro Señor, por quien anonada la muerte, destruye el pecado y cierra las puertas del infierno. He aquí la obra de salvación [...]. ¡Jesucristo venció! ¡he aquí la grata nueva! y somos salvos por su obra, y no por las nuestras [...]. Nuestro Señor Jesucristo dice: ‘¡La paz sea con vosotros! mirad mis manos’; es decir: Mira, ¡oh hombre! yo soy, yo solo soy quien he borrado tus pecados y te he rescatado. ¡Por esto tienes ahora la paz! dice el Señor”.

Y siguió explicando cómo la verdadera fe se manifiesta en una vida santa: “Puesto que Dios nos ha salvado, obremos de un modo digno de su aprobación. ¿Eres rico? Sirvan tus bienes a los pobres. ¿Eres pobre? Tu labor sirva a los ricos. Si tu trabajo no es útil más que para ti mismo, el servicio que pretendes hacer a Dios no es más que mentira” (*ibíd.*).

[142] El pueblo escuchaba embelesado. El pan de vida fue repartido a aquellas almas hambrientas. Cristo fue ensalzado ante ellas por encima de papas, legados, emperadores y reyes. No dijo Lutero una palabra tocante a su peligrosa situación. No quería hacerse objeto de los pensamientos y de las simpatías. En la contemplación de Cristo se perdía de vista a sí mismo. Se ocultaba detrás del Hombre del Calvario y solo procuraba presentar a Jesús como Redentor de los pecadores.

El reformador prosiguió su viaje siendo agasajado en todas partes y considerado con grande interés. Las gentes salían presurosas a su

encuentro, y algunos amigos le ponían en guardia contra el propósito hostil que respecto de él acariciaban los romanistas. “Os echarán en una hoguera—le decían—, y os reducirán a cenizas como lo hicieron con Juan Hus”. Él contestaba: “Aun cuando encendiesen un fuego que se extendiera desde Worms hasta Wittenberg, y se elevara hasta el cielo, lo atravesaría en nombre del Señor; compareceré ante ellos, entraré en la boca de ese Behemoth, romperé sus dientes, y confesaré a nuestro Señor Jesucristo” (*ibíd.*).

Al tener noticias de que se aproximaba a Worms, el pueblo se conmovió. Sus amigos temblaron recelando por su seguridad; los enemigos temblaron porque desconfiaban del éxito de su causa. Se hicieron los últimos esfuerzos para disuadir a Lutero de entrar en la ciudad. Por instigación de los papistas se le instó a hospedarse en el castillo de un caballero amigo, en donde, se aseguraba, todas las dificultades podían arreglarse pacíficamente. Sus amigos se esforzaron por despertar temores en él describiéndole los peligros que le amenazaban. Todos sus esfuerzos fracasaron. Lutero sin inmutarse, dijo: “Aunque haya tantos diablos en Worms cuantas tejas hay en los techos, entraré allí” (*ibíd.*).

Cuando llegó a Worms una enorme muchedumbre se agolpó a las puertas de la ciudad para darle la bienvenida. No se había reunido un concurso tan grande para saludar la llegada del emperador mismo. La agitación era intensa, y de en medio del gentío se elevó una voz quejumbrosa que cantaba una endecha fúnebre, como tratando de avisar a Lutero de la suerte que le estaba reservada. “Dios será mi defensa”, dijo él al apearse de su carruaje.

Los papistas no creían que Lutero se atrevería a comparecer en Worms, y su llegada a la ciudad fue para ellos motivo de profunda consternación. El emperador citó inmediatamente a sus consejeros para acordar lo que debía hacerse. Uno de los obispos, fanático papista, dijo: “Mucho tiempo hace que nos hemos consultado sobre este asunto. Deshágase pronto de ese hombre vuestra majestad imperial. ¿No hizo quemar Segismundo a Juan Hus? Nadie está obligado a conceder ni a respetar un salvoconducto dado a un hereje”. “No—dijo el emperador—; lo que uno ha prometido es menester cumplirlo” (*ibíd.*, cap. 8). Se convino entonces en que el reformador sería oído.

Todos ansiaban ver a aquel hombre tan notable, y en inmenso número se agolparon junto a la casa en donde se hospedaba. Hacía poco que Lutero se había repuesto de la enfermedad que poco antes le aquejara; estaba debilitado por el viaje que había durado dos semanas enteras; debía prepararse para los animados acontecimientos del día siguiente y necesitaba quietud y reposo. Era tan grande la curiosidad que tenían todos por verlo, que no bien había descansado unas pocas horas cuando llegaron a la posada de Lutero condes, barones, caballeros, hidalgos, eclesiásticos y ciudadanos que ansiaban ser recibidos por él. Entre estos visitantes se contaban algunos de aquellos nobles que con tanta bizarría pidieran al emperador que emprendiera una reforma de los abusos de la iglesia, y que, decía Lutero, “habían sido libertados por mi evangelio”. *Martyn, 393*. Todos, amigos como enemigos, venían a ver al monje indómito, que los recibía con inalterable serenidad y a todos contestaba con saber y dignidad. Su porte era distinguido y resuelto. Su rostro delicado y pálido dejaba ver huellas de cansancio y enfermedad, a la vez que una mezcla de bondad y gozo. Sus palabras, impregnadas de solemnidad y profundo fervor, le daban un poder que sus mismos enemigos no podían resistir. Amigos y enemigos estaban maravillados. Algunos estaban convencidos de que le asistía una fuerza divina; otros decían de él lo que los fariseos decían de Cristo: “Demonio tiene”.

Al día siguiente de su llegada Lutero fue citado a comparecer ante la dieta. Se nombró a un dignatario imperial para que lo condujese a la sala de audiencias, a la que llegaron no sin dificultad. Todas las calles estaban obstruidas por el gentío que se agolpaba en todas partes, curioso de conocer al monje que se había atrevido a resistir la autoridad del papa.

En el momento en que entraba en la presencia de sus jueces, un viejo general, héroe de muchas batallas, le dijo en tono bondadoso: “¡Frailecito!, ¡frailecito! ¡Haces frente a una empresa tan ardua, que ni yo ni otros capitanes hemos visto jamás tal en nuestros más sangrientos combates! Pero si tu causa es justa, y si estás convencido de ello, ¡avanza en nombre de Dios, y nada temas! ¡Dios no te abandonará!” (D’Aubigné lib. 7, cap. 8).

[144]

Se abrieron por fin ante él las puertas del concilio. El emperador ocupaba el trono, rodeado de los más ilustres personajes del imperio. Ningún hombre compareció jamás ante una asamblea tan imponente

como aquella ante la cual compareció Martín Lutero para dar cuenta de su fe. “Esta comparecencia era ya un manifiesto triunfo conseguido sobre el papismo. El papa había condenado a este hombre; y él se hallaba ante un tribunal que se colocaba así sobre el papa. El papa le había puesto en entredicho y expulsado de toda sociedad humana, y sin embargo se le había convocado con términos honorosos, e introducido ante la más augusta asamblea del universo. El papa le había impuesto silencio; él iba a hablar delante de miles de oyentes reunidos de los países más remotos de la cristiandad. Una revolución sin límites se había cumplido así por medio de Lutero. Roma bajaba ya de su trono, y era la palabra de un fraile la que la hacía descender” (*ibíd.*).

Al verse ante tan augusta asamblea, el reformador de humilde cuna pareció sentirse cohibido. Algunos de los príncipes, observando su emoción, se acercaron a él y uno de ellos le dijo al oído: “No temáis a aquellos que no pueden matar más que el cuerpo y que nada pueden contra el alma”. Otro añadió también: “Cuando os entregaren ante los reyes y los gobernadores, no penséis cómo o qué habéis de hablar; el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros”. Así fueron recordadas las palabras de Cristo por los grandes de la tierra para fortalecer al siervo fiel en la hora de la prueba.

Lutero fue conducido hasta un lugar situado frente al trono del emperador. Un profundo silencio reinó en la numerosa asamblea. En seguida un alto dignatario se puso en pie y señalando una colección de los escritos de Lutero, exigió que el reformador contestase dos preguntas: Si reconocía aquellas obras como suyas, y si estaba dispuesto a retractar el contenido de ellas. Habiendo sido leídos los títulos de los libros, Lutero dijo que sí los reconocía como suyos. “Tocante a la segunda pregunta—añadió—, atendido que concierne a la fe y a la salvación de las almas, en la que se halla interesada la Palabra de Dios, a saber el más grande y precioso tesoro que existe en los cielos y en la tierra, obraría yo imprudentemente si respondiera sin reflexión. Pudiera afirmar menos de lo que se me pide, o más de lo que exige la verdad, y hacerme así culpable contra esta palabra de Cristo: ‘Cualquiera que me negare delante de los hombres, le negaré yo también delante de mi Padre que está en los cielos’. **Mateo 10:33**. Por esta razón, suplico a su majestad imperial,

con toda sumisión, se digne concederme tiempo, para que pueda yo responder sin manchar la Palabra de Dios” (*ibíd.*).

Lutero obró discretamente al hacer esta súplica. Sus palabras convencieron a la asamblea de que él no hablaba movido por pasión ni arrebató. Esta reserva, esta calma tan sorprendente en semejante hombre, acreció su fuerza, y le preparó para contestar más tarde con una sabiduría, una firmeza y una dignidad que iban a frustrar las esperanzas de sus adversarios y confundir su malicia y su orgullo.

Al día siguiente debía comparecer de nuevo para dar su respuesta final. Por unos momentos, al verse frente a tantas fuerzas que hacían causa común contra la verdad, sintió desmayar su corazón. Flaqueaba su fe; sintióse presa del temor y horror. Los peligros se multiplicaban ante su vista y parecía que sus enemigos estaban cercanos al triunfo, y que las potestades de las tinieblas iban a prevalecer. Las nubes se amontonaban sobre su cabeza y le ocultaban la faz de Dios. Deseaba con ansia estar seguro de que el Señor de los ejércitos le ayudaría. Con el ánimo angustiado se postró en el suelo, y con gritos entrecortados que solo Dios podía comprender, exclamó:

“¡Dios todopoderoso! ¡Dios eterno! ¡cuán terrible es el mundo! ¡cómo abre la boca para tragarme! ¡y qué débil es la confianza que tengo en ti! [...] Si debo confiar en lo que es poderoso según el mundo, ¡estoy perdido! ¡Está tomada la última resolución, y está pronunciada la sentencia! [...] ¡Oh Dios mío! ¡Asísteme contra toda la sabiduría del mundo! Hazlo [...] tú solo [...] porque no es obra mía sino tuya. ¡Nada tengo que hacer aquí, nada tengo que combatir contra estos grandes del mundo! [...] ¡Mas es tuya la causa, y ella es justa y eterna! ¡Oh Señor! ¡sé mi ayuda! ¡Dios fiel, Dios inmutable! ¡No confío en ningún hombre, pues sería en vano! por cuanto todo lo que procede del hombre fallece [...]. Me elegiste para esta empresa [...]. Permanece a mi lado en nombre de tu Hijo muy amado, Jesucristo, el cual es mi defensa, mi escudo y mi fortaleza” (*ibíd.*).

Una sabia providencia permitió a Lutero apreciar debidamente el peligro que le amenazaba, para que no confiase en su propia fuerza y se arrojase al peligro con temeridad y presunción. Sin embargo no era el temor del dolor corporal, ni de las terribles torturas que le amenazaban, ni la misma muerte que parecía tan cercana, lo que le abrumaba y le llenaba de terror. Había llegado al momento crítico y

no se sentía capaz de hacerle frente. Temía que por su debilidad la causa de la verdad se malograra. No suplicaba a Dios por su propia seguridad, sino por el triunfo del evangelio. La angustia que sintiera Israel en aquella lucha nocturna que sostuviera a orillas del arroyo solitario, era la que él sentía en su alma. Y lo mismo que Israel, Lutero prevaleció con Dios. En su desamparo su fe se cifró en Cristo el poderoso libertador. Sintióse fortalecido con la plena seguridad de que no comparecería solo ante el concilio. La paz volvió a su alma e inundóse de gozo su corazón al pensar que iba a ensalzar a Cristo ante los gobernantes de la nación.

Con el ánimo puesto en Dios se preparó Lutero para la lucha que le aguardaba. Meditó un plan de defensa, examinó pasajes de sus propios escritos y sacó pruebas de las Santas Escrituras para sustentar sus proposiciones. Luego, colocando la mano izquierda sobre la Biblia que estaba abierta delante de él, alzó la diestra hacia el cielo y juró “permanecer fiel al evangelio, y confesar libremente su fe, aunque tuviese que sellar su confesión con su sangre” (*ibíd.*).

Cuando fue llevado nuevamente ante la dieta, no revelaba su semblante sombra alguna de temor ni de cortedad. Sereno y manso, a la vez que valiente y digno, presentóse como testigo de Dios entre los poderosos de la tierra. El canciller le exigió que dijese si se retractaba de sus doctrinas. Lutero respondió del modo más sumiso y humilde, sin violencia ni apasionamiento. Su porte era correcto y respetuoso si bien revelaba en sus modales una confianza y un gozo que llenaban de sorpresa a la asamblea.

“¡Serenísimo emperador! ¡Ilustres príncipes, benignísimos señores!—dijo Lutero—. Comparezco humildemente hoy ante vosotros, según la orden que se me comunicó ayer, suplicando por la misericordia de Dios, a vuestra majestad y a vuestras augustas altezas, se dignen escuchar bondadosamente la defensa de una causa acerca de la cual tengo la convicción que es justa y verdadera. Si faltó por ignorancia a los usos y conveniencias de las cortes, perdonádmelo; pues no he sido educado en los palacios de los reyes, sino en la oscuridad del claustro” (*ibíd.*).

Entrando luego en el asunto pendiente, hizo constar que sus escritos no eran todos del mismo carácter. En algunos había tratado de la fe y de las buenas obras y aun sus enemigos los declaraban no solo inofensivos, sino hasta provechosos. Retractarse de ellos, dijo,

[147] sería condenar verdades que todo el mundo se gozaba en confesar. En otros escritos exponía los abusos y la corrupción del papado. Revocar lo que había dicho sobre el particular equivaldría a infundir nuevas fuerzas a la tiranía de Roma y a abrir a tan grandes impiedades una puerta aun más ancha. Finalmente había una tercera categoría de escritos en que atacaba a simples particulares que querían defender los males reinantes. En cuanto a esto confesó francamente que los había atacado con más acritud de lo debido. No se declaró inocente, pero tampoco podía retractar dichos libros, sin envalentonar a los enemigos de la verdad, dándoles ocasión para despedazar con mayor crueldad al pueblo de Dios.

“Sin embargo—añadió—, soy un simple hombre, y no Dios; por consiguiente me defenderé como lo hizo Jesucristo al decir: ‘Si he hablado mal, dadme testimonio del mal’. [...] Os conjuro por el Dios de las misericordias, a vos, serenísimo emperador y a vosotros, ilustres príncipes, y a todos los demás, de alta o baja alcurnia, a que me probéis, por los escritos de los profetas y de los apóstoles, que he errado. Así que me hayáis convencido, retractaré todos mis errores y seré el primero en echar mano de mis escritos para arrojarlos a las llamas.

“Lo que acabo de decir muestra claramente que he considerado y pesado bien los peligros a que me expongo; pero lejos de acobardarme, es para mí motivo de gozo ver que el evangelio es hoy día lo que antes, una causa de disturbio y de discordia. Este es el carácter y el destino de la Palabra de Dios. ‘No vine a traeros paz, sino guerra,’ dijo Jesucristo. Dios es admirable y terrible en sus juicios; temamos que al pretender reprimir las discordias, persigamos la Palabra de Dios, y hagamos caer sobre nosotros un diluvio de irresistibles peligros, desastres presentes y desolaciones eternas [...]. Yo pudiera citar ejemplos sacados de la Sagrada Escritura, y hablaros de Faraón, de los reyes de Babilonia y de los de Israel, quienes jamás obraron con más eficacia para su ruina, que cuando por consejos en apariencia muy sabios, pensaban consolidar su imperio. Dios ‘remueve las montañas y las derriba antes que lo perciban’” (*ibíd.*).

Lutero había hablado en alemán; se le pidió que repitiera su discurso en latín. Y aunque rendido por el primer esfuerzo, hizo lo que se le pedía y repitió su discurso en latín, con la misma energía y claridad que la primera vez. La providencia de Dios dirigió este

asunto. La mente de muchos de los príncipes estaba tan cegada por el error y la superstición que la primera vez no apreciaron la fuerza de los argumentos de Lutero; pero al repetirlos el orador pudieron darse mejor cuenta de los puntos desarrollados por él.

[148]

Aquellos que cerraban obstinadamente los ojos para no ver la luz, resueltos ya a no aceptar la verdad, se llenaron de ira al oír las poderosas palabras de Lutero. Tan luego como hubo dejado de hablar, el que tenía que contestar en nombre de la dieta le dijo con indignación: “No habéis respondido a la pregunta que se os ha hecho [...]. Se exige de vos una respuesta clara y precisa. ¿Queréis retractaros, sí o no?”

El reformador contestó: “Ya que su serenísima majestad y sus altezas exigen de mí una respuesta sencilla, clara y precisa, voy a darla, y es esta: Yo no puedo someter mi fe ni al papa ni a los concilios, porque es tan claro como la luz del día que ellos han caído muchas veces en el error así como en muchas contradicciones consigo mismos. Por lo cual, si no se me convence con testimonios bíblicos, o con razones evidentes, y si no se me persuade con los mismos textos que yo he citado, y si no sujetan mi conciencia a la Palabra de Dios, yo no puedo ni quiero retractar nada, por no ser digno de un cristiano hablar contra su conciencia. Heme aquí; no me es dable hacerlo de otro modo. ¡Que Dios me ayude! ¡Amén!” (*ibíd.*).

Así se mantuvo este hombre recto en el firme fundamento de la Palabra de Dios. La luz del cielo iluminaba su rostro. La grandeza y pureza de su carácter, el gozo y la paz de su corazón eran manifiestos a todos los que le oían dar su testimonio contra el error, y veían en él esa fe que vence al mundo.

La asamblea entera quedó un rato muda de asombro. La primera vez había hablado Lutero en tono respetuoso y bajo, en actitud casi sumisa. Los romanistas habían interpretado todo esto como prueba evidente de que el valor empezaba a faltarle. Se habían figurado que la solicitud de un plazo para dar su contestación equivalía al preludio de su retractación. Carlos mismo, al notar no sin desprecio el hábito raído del fraile, su actitud tan llana, la sencillez de su oración, había exclamado: “Por cierto no será este monje el que me convierta en hereje”. Empero el valor y la energía que esta vez desplegara, así como la fuerza y la claridad de sus argumentaciones,

los dejaron a todos sorprendidos. El emperador, lleno de admiración, exclamó entonces: “El fraile habla con un corazón intrépido y con inmutable valor”. Muchos de los príncipes alemanes veían con orgullo y satisfacción a este representante de su raza.

[149]

Los partidarios de Roma estaban derrotados; su causa ofrecía un aspecto muy desfavorable. Procuraron conservar su poderío, no por medio de las Escrituras, sino apelando a las amenazas, como lo hace siempre Roma en semejantes casos. El orador de la dieta dijo: “Si no te retractas, el emperador y los estados del imperio verán lo que debe hacerse con un hereje obstinado”.

Los amigos de Lutero, que habían oído su noble defensa, poseídos de sincero regocijo, temblaron al oír las palabras del orador oficial; pero el doctor mismo, con toda calma, repuso: “¡Dios me ayude! porque de nada puedo retractarme” (*ibíd.*).

Se indicó a Lutero que se retirase mientras los príncipes deliberaban. Todos se daban cuenta de que era un momento de gran crisis. La persistente negativa de Lutero a someterse podía afectar la historia de la iglesia por muchos siglos. Se acordó darle otra oportunidad para retractarse. Por última vez le hicieron entrar de nuevo en la sala. Se le volvió a preguntar si renunciaba a sus doctrinas. Contestó: “No tengo otra respuesta que dar, que la que he dado”. Era ya bien claro y evidente que no podrían inducirle a ceder, ni de grado ni por fuerza, a las exigencias de Roma.

Los caudillos papales estaban acongojados porque su poder, que había hecho temblar a los reyes y a los nobles, era así despreciado por un pobre monje, y se propusieron hacerle sentir su ira, entregándole al tormento. Pero, reconociendo Lutero el peligro que corría, había hablado a todos con dignidad y serenidad cristiana. Sus palabras habían estado exentas de orgullo, pasión o falsedad. Se había perdido de vista a sí mismo y a los grandes hombres que le rodeaban, y solo sintió que se hallaba en presencia de Uno que era infinitamente superior a los papas, a los prelados, a los reyes y a los emperadores. Cristo mismo había hablado por medio del testimonio de Lutero con tal poder y grandeza, que tanto en los amigos como en los adversarios despertó pavor y asombro. El Espíritu de Dios había estado presente en aquel concilio impresionando vivamente los corazones de los jefes del imperio. Varios príncipes reconocieron sin embozo la justicia de la causa del reformador. Muchos se

convencieron de la verdad; pero en algunos la impresión no fue duradera. Otros aún hubo que en aquel momento no manifestaron sus convicciones, pero que, habiendo estudiado las Escrituras después, llegaron a ser intrépidos sostenedores de la Reforma.

El elector Federico había aguardado con ansiedad la comparecencia de Lutero ante la dieta y escuchó su discurso con profunda emoción. Experimentó regocijo y orgullo al presenciar el valor del fraile, su firmeza y el modo en que se mostraba dueño de sí mismo, y resolvió defenderle con mayor firmeza que antes. Comparó entre sí a ambas partes contendientes, y vio que la sabiduría de los papas, de los reyes y de los prelados había sido anulada por el poder de la verdad. El papado había sufrido una derrota que iba a dejarse sentir en todas las naciones al través de los siglos.

[150]

Al notar el legado el efecto que produjeran las palabras de Lutero, temió, como nunca había temido, por la seguridad del poder papal, y resolvió echar mano de todos los medios que estuviesen a su alcance para acabar con el reformador. Con toda la elocuencia y la habilidad diplomática que le distinguían en gran manera, le pintó al joven emperador la insensatez y el peligro que representaba el sacrificar, en favor de un insignificante fraile, la amistad y el apoyo de la poderosa sede de Roma.

Sus palabras no fueron inútiles. El día después de la respuesta de Lutero, Carlos mandó a la dieta un mensaje en que manifestaba su determinación de seguir la política de sus antecesores de sostener y proteger la religión romana. Ya que Lutero se negaba a renunciar a sus errores, se tornarían las medidas más enérgicas contra él y contra las herejías que enseñaba. “Un solo fraile, extraviado por su propia locura, se levanta contra la fe de la cristiandad. Sacrificaré mis reinos, mi poder, mis amigos, mis tesoros, mi cuerpo, mi sangre, mi espíritu y mi vida para contener esta impiedad. Voy a despedir al agustino Lutero, prohibiéndole causar el más leve tumulto entre el pueblo; en seguida procederé contra él y sus secuaces, como contra herejes declarados, por medio de la excomuniación, de la suspensión y por todos los medios convenientes para destruirlos. Pido a los miembros de los estados que se conduzcan como fieles cristianos” (*ibíd.*, cap. 9). No obstante el emperador declaró que el salvoconducto de Lutero debía ser respetado y que antes de que se pudiese proceder contra él, debía dejársele llegar a su casa sano y salvo.

Dos opiniones encontradas fueron entonces propuestas por los miembros de la dieta. Los emisarios y representantes del papa solicitaron que el salvoconducto del reformador fuera violado. “El Rin—decían—debe recibir sus cenizas, como recibió hace un siglo las de Juan Hus” (*ibíd.*). Pero los príncipes alemanes, si bien papistas y enemigos jurados de Lutero, se opusieron a que se violara así la fe pública, alegando que aquello sería un baldón en el honor de la nación. Recordaron las calamidades que habían sobrevenido por la muerte de Juan Hus y declararon que ellos no se atrevían a acarrearlas a Alemania ni a su joven emperador.

[151]

Carlos mismo dijo, en respuesta a la vil propuesta: “Aun cuando la buena fe y la fidelidad fuesen desterradas del universo, deberían hallar refugio en el corazón de los príncipes” (*ibíd.*). Pero los enemigos más encarnizados de Lutero siguieron hostigando al monarca para que hiciera con el reformador lo que Segismundo hiciera con Hus: abandonarle a la misericordia de la iglesia; pero Carlos V evocó la escena en que Hus, señalando las cadenas que le aherrojaban, le recordó al monarca su palabra que había sido quebrantada, y contestó: “Yo no quiero sonrojarme como Segismundo”. **Lenfant 1:422.**

Carlos empero había rechazado deliberadamente las verdades expuestas por Lutero. El emperador había declarado: “Estoy firmemente resuelto a seguir el ejemplo de mis antepasados” (D’Aubigné, lib. 7, cap. 9). Estaba decidido a no salirse del sendero de la costumbre, ni siquiera para ir por el camino de la verdad y de la rectitud. Por la razón de que sus padres lo habían sostenido, él también sostendría al papado y toda su crueldad y corrupción. De modo que se dispuso a no aceptar más luz que la que habían recibido sus padres y a no hacer cosa que ellos no hubiesen hecho.

Son muchos los que en la actualidad se aferran a las costumbres y tradiciones de sus padres. Cuando el Señor les envía alguna nueva luz se niegan a aceptarla porque sus padres, no habiéndola conocido, no la recibieron. No estamos en la misma situación que nuestros padres, y por consiguiente nuestros deberes y responsabilidades no son los mismos tampoco. No nos aprobará Dios si miramos el ejemplo de nuestros padres para determinar lo que es nuestro deber, en vez de escudriñar la Biblia por nosotros mismos. Nuestra responsabilidad es más grande que la de nuestros antepasados. Somos deudores por

la luz que recibieron ellos y que nos entregaron como herencia, y deudores por la mayor luz que nos alumbra hoy procedente de la Palabra de Dios.

Cristo dijo a los incrédulos judíos: “Si yo no hubiera venido y les hubiera hablado, no hubieran tenido pecado; mas ahora no tienen excusa por su pecado”. **Juan 15:22 (VM)**. El mismo poder divino habló por boca de Lutero al emperador y a los príncipes de Alemania. Y mientras la luz resplandecía procedente de la Palabra de Dios, su Espíritu alegó por última vez con muchos de los que se hallaban en aquella asamblea. Así como Pilato, siglos antes, permitiera que el orgullo y la popularidad le cerraran el corazón para que no recibiera al Redentor del mundo; y así como el cobarde Félix rechazara el mensaje de verdad, diciendo: “Ahora vete; mas en teniendo oportunidad te llamaré”, y así como el orgulloso Agripa confesara: “Por poco me persuades a ser cristiano” (**Hechos 24:25; 26:28**), pero rechazó el mensaje que le era enviado del cielo, así también Carlos V, cediendo a las instancias del orgullo y de la política del mundo, decidió rechazar la luz de la verdad.

[152]

Corrían por todas partes muchos rumores de los proyectos hostiles a Lutero y despertaban gran agitación en la ciudad. Lutero se había conquistado muchos amigos que, conociendo la traidora crueldad de Roma para con los que se atrevían a sacar a luz sus corrupciones, resolvieron evitar a todo trance que él fuese sacrificado. Centenares de nobles se comprometieron a protegerle. No pocos denunciaban públicamente el mensaje imperial como prueba evidente de humillante sumisión al poder de Roma. Se fijaron pasquines en las puertas de las casas y en las plazas públicas, unos contra Lutero y otros en su favor. En uno de ellos se leían sencillamente estas enérgicas palabras del sabio: “¡Ay de ti, oh tierra, cuyo rey es un niño!” **Eclesiastés 10:16 (VM)**. El entusiasmo que el pueblo manifestaba en favor de Lutero en todas partes del imperio, dio a conocer a Carlos y a la dieta que si se cometía una injusticia contra él bien podrían quedar comprometidas la paz del imperio y la estabilidad del trono.

Federico de Sajonia observó una bien estudiada reserva, ocultando cuidadosamente sus verdaderos sentimientos para con el reformador, y al mismo tiempo lo custodiaba con incansable vigilancia, observando todos sus movimientos y los de sus adversarios. Pero había muchos que no se cuidaban de ocultar su simpatía hacia Lute-

ro. Era este visitado por príncipes, condes, barones y otras personas de distinción, clérigos y laicos. “El pequeño cuarto del doctor—escribía Spalatino—no podía contener a todos los que acudían a verle”. **Martyn 1:404**. El pueblo le miraba como si fuese algo más que humano. Y aun los que no creían en sus enseñanzas, no podían menos que admirar en él la sublime integridad que le hacía desafiar la muerte antes que violar los dictados de su conciencia.

[153] Se hicieron esfuerzos supremos para conseguir que Lutero consintiera en transigir con Roma. Príncipes y nobles le manifestaron que si persistía en sostener sus opiniones contra la iglesia y los concilios, pronto se le desterraría del imperio y entonces nadie le defendería. A esto respondió el reformador: “El evangelio de Cristo no puede ser predicado sin escándalo [...]. ¿Cómo es posible que el temor o aprensión de los peligros me desprenda del Señor y de su Palabra divina, que es la única verdad? ¡No; antes daré mi cuerpo, mi sangre y mi vida!” (D’Aubigné, lib. 7, cap. 10).

Se le instó nuevamente a someterse al juicio del emperador, pues entonces no tendría nada que temer.

“Consiento de veras—dijo—en que el emperador, los príncipes y aun los más humildes cristianos, examinen y juzguen mis libros; pero bajo la condición de que tomarán por norma la Sagrada Escritura. Los hombres no tienen más que someterse a ella. Mi conciencia depende de ella, y soy esclavo de su observancia” (*ibíd.*).

En respuesta a otra instancia, dijo: “Consiento en renunciar al salvoconducto. Abandono mi persona y mi vida entre las manos del emperador, pero la Palabra de Dios, ¡nunca!” (*ibíd.*). Expresó que estaba dispuesto a someterse al fallo de un concilio general, pero con la condición expresa de que el concilio juzgara según las Escrituras. “En lo que se refiere a la Palabra de Dios y a la fe—añadió—cada cristiano es tan buen juez como el mismo papa secundado por un millón de concilios”. **Martyn 1:410**. Finalmente los amigos y los enemigos de Lutero se convencieron de que todo esfuerzo encaminado a una reconciliación sería inútil.

Si el reformador hubiera cedido en un solo punto, Satanás y sus ejércitos habrían ganado la victoria. Pero la inquebrantable firmeza de él fue el medio de emancipar a la iglesia y de iniciar una era nueva y mejor. La influencia de este solo hombre que se atrevió a pensar y a obrar por sí mismo en materia de religión, iba a afectar a la iglesia

y al mundo, no solo en aquellos días sino en todas las generaciones futuras. Su fidelidad y su firmeza fortalecerían la resolución de todos aquellos que, al través de los tiempos, pasaran por experiencia semejante. El poder y la majestad de Dios prevalecieron sobre los consejos de los hombres y sobre el gran poder de Satanás.

Pronto recibió Lutero orden del emperador de volver al lugar de su residencia, y comprendió que aquello era un síntoma precursor de su condenación. Nubes amenazantes se cernían sobre su camino, pero, al salir de Worms, su corazón rebosaba de alegría y de alabanza. “El mismo diablo—dijo él—custodiaba la ciudadela del papa; mas Cristo abrió en ella una ancha brecha y Satanás vencido se vio precisado a confesar que el Señor es más poderoso que él” (D’Aubigné, lib. 7, cap. II).

[154]

Después de su partida, deseoso aún de manifestar que su firmeza no había que tomarla por rebelión, escribió Lutero al emperador, diciendo entre otras cosas: “Dios, que es el que lee en el interior de los corazones, me es testigo de que estoy pronto a obedecer con diligencia a vuestra majestad, así en lo próspero como en lo adverso; ya por la vida, ya por la muerte; exceptuando solo la Palabra de Dios por la que el hombre existe. En todas las cosas relativas al tiempo presente, mi fidelidad será perenne, puesto que en la tierra ganar o perder son cosas indiferentes a la salvación. Pero Dios prohíbe que en las cosas concernientes a los bienes eternos, el hombre se someta al hombre. En el mundo espiritual la sumisión es un culto verdadero que no debe rendirse sino al Creador” (*ibíd.*).

En su viaje de regreso fue recibido en los pueblos del tránsito con más agasajos que los que se le tributaban al ir a Worms. Príncipes de la iglesia daban la bienvenida al excomulgado monje, y gobernantes civiles tributaban honores al hombre a quien el monarca había despreciado. Se le instó a que predicase, y a despecho de la prohibición imperial volvió a ocupar el púlpito. Dijo: “Nunca me comprometí a encadenar la Palabra de Dios, y nunca lo haré”. **Martyn 1:420.**

No hacía mucho que el reformador dejara a Worms cuando los papistas consiguieron que el emperador expidiera contra él un edicto en el cual se le denunciaba como “el mismo Satanás bajo la figura humana y envuelto con hábito de fraile” (D’Aubigné, lib. 7, cap. II). Se ordenaba que tan pronto como dejara de ser valedero su salvoconducto, se tomaran medidas para detener su obra. Se prohibía

guarecerle, suministrarle alimento, bebida o socorro alguno, con obras o palabras, en público o en privado. Debía apresársele en cualquier parte donde se le hallara y entregársele a las autoridades. Sus adeptos debían ser encarcelados también y sus bienes confiscados. Los escritos todos de Lutero debían ser destruidos y, finalmente, cualquiera que osara obrar en contradicción con el decreto quedaba incluido en las condenaciones del mismo. El elector de Sajonia y los príncipes más adictos a Lutero habían salido ya de Worms, y el decreto del emperador recibió la sanción de la dieta. Los romanistas no cabían de gozo. Consideraban que la suerte de la Reforma estaba ya sellada.

[155] Pero Dios había provisto un medio de escape para su siervo en aquella hora de peligro. Un ojo vigilante había seguido los movimientos de Lutero y un corazón sincero y noble se había resuelto a ponerle a salvo. Fácil era echar de ver que Roma no había de quedar satisfecha sino con la muerte del reformador; y solo ocultándose podía este burlar las garras del león. Dios dio sabiduría a Federico de Sajonia para idear un plan que salvara la vida de Lutero. Ayudado por varios amigos verdaderos se llevó a cabo el propósito del elector, y Lutero fue efectivamente sustraído a la vista de amigos y enemigos. Mientras regresaba a su residencia, se vio rodeado de repente, separado de sus acompañantes y llevado por fuerza a través de los bosques al castillo de Wartburg, fortaleza que se alzaba sobre una montaña aislada. Tanto su secuestro como su escondite fueron rodeados de tanto misterio, que Federico mismo por mucho tiempo no supo dónde se hallaba el reformador. Esta ignorancia tenía un propósito, pues mientras el elector no conociera el paradero del reformador, no podía revelar nada. Se aseguró de que Lutero estuviera protegido, y esto le bastaba.

Pasaron así la primavera, el verano y el otoño, y llegó el invierno, y Lutero seguía aún secuestrado. Ya exultaban Aleandro y sus partidarios al considerar casi apagada la luz del evangelio. Pero, en vez de ser esto así, el reformador estaba llenando su lámpara en los almacenes de la verdad y su luz iba a brillar con deslumbrantes fulgores.

En la amigable seguridad que disfrutaba en la Wartburg, congratulábase Lutero por haber sido sustraído por algún tiempo al calor y al alboroto del combate. Pero no podía encontrar satisfac-

ción en prolongado descanso. Acostumbrado a la vida activa y al rudo combate, no podía quedar mucho tiempo ocioso. En aquellos días de soledad, tenía siempre presente la situación de la iglesia, y exclamaba desesperado: “¡Ay! ¡y que no haya nadie en este último día de su ira, que quede en pie delante del Señor como un muro, para salvar a Israel!” (*ibíd.*, lib. 9, cap. 2). También pensaba en sí mismo y tenía miedo de ser tachado de cobardía por haber huido de la lucha. Se reprochaba su indolencia y la indulgencia con que se trataba a sí mismo. Y no obstante esto, estaba haciendo diariamente más de lo que hubiera podido hacer un hombre solo. Su pluma no permanecía nunca ociosa. En el momento en que sus enemigos se lisonjaban de haberle acallado, los asombraron y confundieron las pruebas tangibles de su actividad. Un sinnúmero de tratados, provenientes de su pluma, circulaban por toda Alemania. También prestó entonces valioso servicio a sus compatriotas al traducir al alemán el Nuevo Testamento. Desde su Patmos perdido entre riscos siguió casi un año proclamando el evangelio y censurando los pecados y los errores de su tiempo.

[156]

Pero no fue únicamente para preservar a Lutero de la ira de sus enemigos, ni para darle un tiempo de descanso en el que pudiese hacer estos importantes trabajos, para lo que Dios separó a su siervo del escenario de la vida pública. Había otros resultados más preciosos que alcanzar. En el descanso y en la oscuridad de su montaña solitaria, quedó Lutero sin auxilio humano y fuera del alcance de las alabanzas y de la admiración de los hombres. Así fue salvado del orgullo y de la confianza en sí mismo, que a menudo son frutos del éxito. Por medio del sufrimiento y de la humillación fue preparado para andar con firmeza en las vertiginosas alturas adonde había sido llevado de repente.

A la vez que los hombres se regocijan en la libertad que les da el conocimiento de la verdad, se sienten inclinados a ensalzar a aquellos de quienes Dios se ha valido para romper las cadenas de la superstición y del error. Satanás procura distraer de Dios los pensamientos y los afectos de los hombres y hacer que se fijen en los agentes humanos; induce a los hombres a dar honra al mero instrumento, ocultándole la Mano que dirige todos los sucesos de la providencia. Con demasiada frecuencia acontece que los maestros religiosos así alabados y reverenciados, pierden de vista su

dependencia de Dios y sin sentirlo empiezan a confiar en sí mismos. Resulta entonces que quieren gobernar el espíritu y la conciencia del pueblo, el cual está dispuesto a considerarlos como guías en vez de mirar a la Palabra de Dios. La obra de reforma ve así frenada su marcha por el espíritu que domina a los que la sostienen. Dios quiso evitar este peligro a la Reforma. Quiso que esa obra recibiese, no la marca de los hombres, sino la impresión de Dios. Los ojos de los hombres estaban fijos en Lutero como en el expositor de la verdad; pero él fue arrebatado de en medio de ellos para que todas las miradas se dirigieran al eterno Autor de la verdad.

[157]